

tomase posesion de la ciudad: emprendióse la marcha, desplegados al aire los estandartes, y llevando delante de todos la cruz de plata el gran cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon D. Gutierrez de Cárdenas y de otros prelados, caballeros é hidalgos. Al llegar cerca de los siete suelos, otra triste comitiva salióle al encuentro: era Boabdil-el-Zogoibí, que saliendo por la puerta de los siete suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, despues de conversar un breve espacio con el prelado llegaba á las orillas del Genil junto á una pequeña ermita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian, y presentaba á los monarcas cristianos las llaves de la ciudad abandonándose á su generosidad y clemencia. La Reina Isabel, comprendiendo que en aquellos momentos no podia haber mayor consuelo para Boabdil, que el que pudiera ofrecerle el amor paternal, devolvióle á su hijo que formaba parte de los jóvenes que se dieron en rehenes al principio de las capitulaciones; y pocos momentos despues la desgraciada familia proseguia su marcha sin atreverse á volver el rostro, por no ver las banderas cristianas enarboladas sobre las torres granadinas.

El tiempo transcurria en tanto, á pesar de su rápida marcha, perezoso para la Reina, que colocada en una eminencia no apartaba su vista de la fortaleza de la Alhambra, impaciente, trémula de emocion. De pronto, sobre el alto minarete de la vela aparece, destacándose sobre el fondo azul y trasparente del hermoso cielo de Granada, una cruz de plata sobre cuya bruñida superficie reflejando los rayos del sol irradiaban luminosos resplandores; á su lado tremolan gallardamente los estandartes de Castilla y el pendon de Santiago: truena la artillería; vivas indescriptibles ahogan con su entusiasta concierto el eco de los cañones: Isabel se postra de rodillas mirando la cruz: el ejército entero sigue su ejemplo: reyes, prelados, sacerdotes, capitanes y soldados entonan los solemnes versiculos del Te-Deum; y repiten las brisas de la Alhambra y del Albaicin, de la Alcazaba y del Hageris, las palabras de los heraldos que condensan el mas gigante triunfo de la edad media, el desenlace del drama de Covadonga, el

completo éxito de la restauracion cristiana en la península, el triunfo de la cruz sobre el islamismo: «¡Granada, Granada por los incultos reyes D. Fernando y Doña Isabel!...»

V.

Siempre las grandes empresas llevan de sí como por providencial atraccion otros nuevos y gigantes pensamientos. Cuando estaba á punto de realizarse el término de la reconquista, llevada á feliz cima por la poderosa actividad é iniciativa de la gran Reina, llegaba á los reales cristianos un hombre extraordinario, que la posteridad ha considerado, y no sin motivo, como enviado de Dios. Habia nacido en Génova de un modesto cardador de lanas, y dedicado desde muy niño al estudio de la latinidad, de las matemáticas y de la cosmografía, lanzóse bien pronto á arriesgadas expediciones navales, como si la inmensidad del mar, comprendiendo la inmensidad de su genio, le llamara para entregarle un dia en justa recompensa de sus afanes, un nuevo mundo. Aquel hombre llamábase Cristóbal Colon, y presintióndola primero, casi adivinándola, y viendo confirmadas sus sospechas por el estudio, declaró ante la asombrada Europa la existencia de un continente desconocido, el cual era preciso descubrir llevando hasta sus incógnitas regiones la santa religion del Crucificado.

Pero antes de conseguir su propósito, habia de recorrer la pesada calle de la amargura, porque han de pasar siempre los grandes redentores de la humanidad. Italia desprecióle: necio, iluso vióse tambien llamado en Inglaterra, y no sufrió mejor suerte cuando acudió á poner su proyecto bajo la proteccion del Rey de Portugal. Colon sin embargo no desmaya: su espiritu le sostiene, aunque llegue á faltarle hasta el pan de los mendigos; y su viva y penetrante mirada, en la que refle-

jaba la brillante luz del genio, impresionando de un modo extraño al guardian del convento de la Rabida donde llegó Colon en uno de los ardientes dias del estío de 1485, á demandar agua y alimento para su hijo, le abrió el camino de la corte y tras de él la senda de la inmortalidad. Llamábase fray Juan Perez de Marchena el citado guardian, y hombre de elevado espíritu é instruccion nada comun, ofreció al pobre caminante hospitalidad en su propia celda. Bien pronto el desconocido marino, halagado por la acogida del guardian, no vacila en manifestarle que venia á ofrecer á los reyes de Castilla amplio camino por medio de los mares para conquistar nuevas y desconocidas regiones á la civilizacion, al comercio, y á la religion del Crucificado. Necesario era tener muy clara inteligencia para no considerar como demente á aquel hombre extraño. Perez de Marchena le oye bondadoso: la conviccion del atrevido navegante produce tambien la suya; le envia con eficaces cartas á la corte; y el pobre aventurero se presenta por último en Córdoba sin mas proteccion que la de un modesto religioso, y la del cielo, que nunca falta á los grandes pensamientos. No poco trabajo costó al mareante genovés, presentarse á los reyes, pero al fin pudo conseguirlo, escribiendo despues al tratar de esta primera entrevista con la noble ingenuidad de los genios superiores el efecto que le produjo. «Pensando en lo que yo era me confundia mi «humildad; pero pensando en lo que llevaba, me sentia igual á las dos «coronas.»

Poco propicia era la ocasion para que se acogieran sus proyectos; necesitaban estos de grandes gastos, y precisamente todos los recursos de Castilla y de Aragon eran entonces pocos para realizar la obra comenzada de la conquista. A punto estaba ya Colon de abandonar á España para ir á presentar sus proyectos al Rey de Francia, cuando á ruegos del padre Marchena se detuvo. Estimulado el celo del guardian con la despedida del genovés, pidió una audiencia á la Reina, de la que habia sido confesor, y obtenida favorable respuesta á pesar de ser mas de la media noche, mandó ensillar su mula y se encaminó solo á Santa Fè donde se encontraban los soberanos. Bien seguro

estaba Marchena del levantado espíritu de la gran reina. Apenas escuchó ésta las elocuentes palabras del religioso, conmovida con sus razones, envió á buscar al marino genovés acompañando el mensaje con una buena suma de dinero para que pudiera presentarse en la corte, como convenia á un hombre de su importancia. En solemne dia llegó Colon al real de Santa Fè. Acababa de rendirse Granada, y presenció el acto imponente de su entrega; acto cuya grandeza, si podia conmover el corazón del atrevido navegante, no alcanzaba á satisfacer su inteligencia, que necesitaba para dilatar su vuelo la inmensidad del Océano y para reposar despues de la victoria las desconocidas playas de un nuevo mundo.

Todavía, y á pesar de la proteccion de la Reina, no faltaron cortesanos que quisieran regatear miserablemente á Colon las condiciones del convenio con los reyes, y hubiérase perdido para España la gloria del descubrimiento, á haber ocupado solo el trono D. Fernando. Era cierto, que con los gastos de la guerra estaba exhausto completamente el Tesoro, y que la empresa era considerada por los sabios de la época como el delirio de un demente; pero Isabel comprendiéndole, mas con la intuicion del genio, que con la ciencia del sabio, decidióse á proteger la grandiosa empresa, y viendo vacilar todavía á su esposo, pronunció aquellas célebres palabras que bastarian por sí solas para inmortalizarla. *No espongais el Tesoro de vuestro reino de Aragon: yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla y cuando esto no bastare, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.* Magnánima resolucion, como escribe un historiador ya citado, que decidió de la suerte de Castilla, que habia de engrandecer á España sobre todas las naciones y que habia de difundir el glorioso nombre de Isabel por todos los ámbitos del globo y por todas las edades!

Arreglado el convenio entre los reyes de España y el futuro almirante, Doña Isabel con su maravillosa actividad dispuso lo necesario para la expedicion, venciendo todo género de inconvenientes, y hasta la repugnancia de los marineros que habian de lanzarse á aquella

lucha con los elementos, tanto mas temible cuanto mas imprevista y desconocida. «Parecia, dice un gran poeta francés, que un genio fatal, obstinado en luchar contra el genio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre estos dos mundos, que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir¹.» Isabel sin embargo venció todos los obstáculos, y en la madrugada del 3 de Agosto de 1492, despues de haber confesado y comulgado la pequeña armada, siguiendo la piadosa costumbre de nuestros mayores antes de comenzar cualquiera grande empresa, dióse á la vela el intrépido almirante en la carabela *Santa Maria* seguida de la *Pinta* y la *Niña*, mandadas por Alonso y Francisco Pinzon. Ciento veinte personas, contando en ellas al médico, al cirujano, al notario y algunos sirvientes de varias clases, componian toda la tripulacion de las tres carabelas, y el coste de aquella flotilla, que con víveres para doce meses se lanzaba á la inmensidad del Océano, á una empresa mas atrevida entonces que lo puede ser hoy la de buscar el polo Norte, habia ascendido solamente á unos veinte mil pesos.

Mientras los monarcas se dedicaban á los asuntos interiores de su reino, imponiendo al Rey de Francia por si rehusaba entregar los condados de Rosellon y Cerdeña, segun tenian concertado y convenido, Colon caminaba por las soledades del Atlántico, fija la vista en el punto de sus aspiraciones, que él solo podia distinguir en la inmensidad del espacio: la lucha con el mar, los vientos y los hombres fué en aquel inmortal viage, terrible y capaz de infundir espanto al mas decidido corazon; pero Dios premió los esfuerzos de la constancia humana, y llegó un día en que un grito general resonó á un tiempo en los tres buques y «¡tierra!» «¡tierra!» gritaron á un tiempo todos sus tripulantes cayendo de rodillas, mientras el almirante elevaba al cielo la oracion de su inmensa gratitud... Y estaba allí la tierra á corta distancia, cubierta de espeso verdor, poblada de aromáticos árboles, cuyos perfumes llevaban hasta los buques las brisas matinales, y

¹ Lamartine.

ofreciendo pacífico reposo al atrevido navegante que enamorado de ella sin conocerla habia cruzado el mar para besarla.

De rodillas, apenas pisó aquellas playas, besó Colon su arena y la regó con sus lágrimas; y los pilotos y marineros que en la víspera le ultrajaban, mirándole ahora como un ser sobrehumano le pedian perdón y le besaban las manos y los vestidos. Era el 12 de Octubre de 1492, día imperecedero, cuyo sol de gloria no se pondrá nunca para la fama de Colon y de la gran Reina española, por mas que andando los siglos, los desaciertos de sus hijos y ambiciones extranjeras, les conduzcan al triste extremo de tener que abandonar un pais, donde debieran haber cifrado siempre el mayor timbre de su legítimo orgullo, y la mas sólida garantía de su prosperidad.

Terminaba la primavera de 1493, cuando, transcurrido apenas un año desde el glorioso triunfo que habia coronado la epopeya de Granada, volvía Cristóbal Colon á España ofreciendo á sus reyes en Barcelona las primicias de aquel descubrimiento. «Fué aquel en verdad, dice un historiador extranjero, el momento de mayor satisfaccion y orgullo de toda la vida de Colon: habia probado plenamente la certeza de su teoria por tanto tiempo combatida, contra todos los argumentos, sofismas, sarcasmos, incredulidad y desprecios, y la habia llevado á cabo, no por acaso, sino por razon, y venciendo con su prudencia y entereza los mas grandes obstáculos y contradicciones. «Los honores que se le tributaron, reservados hasta entonces á la clase, á la fortuna, ó á los triunfos militares comprados con la sangre y las lágrimas de millares de seres, fueron en este caso homenaje rendido al poder de la inteligencia, empleada gloriosamente en favor de los mas altos intereses de la humanidad¹.» Aquel día, añadimos nosotros, fué tambien el mas grande de la Reina de Castilla, la augusta protectora del atrevido navegante: la única que podia comprender toda la grandeza de las palabras de Colon cuando le decia: «Vengo á ofrecer una conquista que no ha costado hasta ahora á la humanidad ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágri-

¹ Prescott.
TOMO II.